

a los amigos, colegas o admiradores vamos a repasar su bibliografía. Tuvieron la suerte o la precaución de no perder tales hojas volanderas, que no en su totalidad, pero en una parte muy considerable han llegado hasta nosotros y han podido ser estudiadas por los especialistas en su obra o por los biógrafos, para extraer de ellas abundantes datos y pistas. De esta manera conocemos mejor sus libros, pero sobre todo así nos ha llegado un hábito de humanidad que les hace más cercanos y amigos.

## 1. Menéndez Pelayo: más de doce mil cartas

Sólo una inteligencia privilegiada y una capacidad de trabajo que supera en mucho los parámetros habituales explican la fecundidad de que hizo gala el polígrafo Marcelino Menéndez Pelayo a lo largo de su no larga vida. Los libros salían de su telar a velocidad parecida a la que entraban los volúmenes, incunables y raros en su bien dotada biblioteca de Santander, que constantemente tenía que ser ampliada para dar cabida a las muestras de su voracidad libresca.

La filosofía, bibliografía, crítica literaria, historia y erudición recibieron incesantes aportaciones con sus trabajos, que en algún punto pudieron resultar equivocados o mal orientados, pero que siempre supusieron un avance respecto a la ciencia de su tiempo y han servido de base para ulteriores desarrollos. Decenas de obras, investigaciones, traducciones y prólogos se le deben, pero su magisterio se extendió asimismo por conducto epistolar y las más de doce mil cartas recogidas (entre las enviadas y las recibidas) dan prueba de su fabulosa habilidad para compaginar la producción propia con el intercambio de noticias personales, de juicios sobre libros o acontecimientos de actualidad, directrices para futuros ensayos, consultas sobre cuestiones dudosas... Más de un intelectual de nuestros días acabaría agotado aunque sólo tuviera que atender a semejante volumen de correspondencia.

Dado que se trataba de un individuo que conservaba con esmero los papeles personales y que dispuso antes de su muerte todo lo relativo al uso y custodia de éstos y de su espléndida biblioteca, toda esa masa de cartas ha podido ser estudiada y divulgada. A partir de la fecha del fallecimiento (1912) los investigadores han ido teniendo acceso a este material y fruto del interés que han comprobado que posee es una verdadera floración de epistolarios particulares que han aparecido desde entonces. El prestigio de don Marcelino hizo que muchas de sus misivas, en poder de los destinatarios, fueran guardadas con interés por parte de éstos y publicadas por fin o entregadas a la Biblioteca de Menéndez Pelayo en Santander, que las ha dado a conocer.

A estas alturas son decenas los epistolarios publicados y aún salen otros nuevos, algunos con anotaciones exhaustivas, como el que hemos preparado con las cartas del erudito menorquín José María Quadrado. Habría que destacar las que contienen la correspondencia cruzada con «Clarín», Gumersindo Laverde, Milá y Fontanals, Echegaray, Morel-Fatio, Pereda, Pérez Galdós, Tamayo y Valera.

Pero si estas iniciativas tienen un notable interés, mucho más debemos celebrar la edición del epistolario completo que, con el patronazgo de la Fundación Universitaria Española, corre a cargo del actual director de su biblioteca, Manuel Revuelta Sañudo,

y que ya se encuentra más que mediado, puesto que ha llegado al volumen decimotercero.

Un viejo proyecto, que albergaron los sucesivos responsables de tal biblioteca y de la edición nacional de las obras de Menéndez Pelayo, se va convirtiendo en realidad a un ritmo bastante vivo: la publicación de todas las cartas conservadas de y a Menéndez Pelayo aporta un conocimiento sobre éste de primera magnitud. En cuatro o cinco años la colección puede llegar a su término, a pesar de que la obra completa alcanzará veintitrés o veinticuatro volúmenes para incluir más de doce mil cartas (todavía no se pueden precisar tales extremos, pues el material es muy amplio y nuevas cartas, ignoradas hasta la fecha, se añaden a las existentes).

No hace falta que insistamos en la personalidad de Menéndez Pelayo, quien poseía «la flexibilidad de una clara inteligencia, una gran integridad de carácter y una incorruptible conciencia despojada de toda vanidad», al decir del recientemente fallecido Pedro Sainz Rodríguez.<sup>4</sup> Pues bien, su epistolario constituye una aportación extraordinaria que ha sido convenientemente apreciada por los investigadores. Para su editor, «lo que se transparenta en las cartas es siempre el hombre, el ser de carne y hueso, y este solo hecho, que tiene una infinidad de facetas, es el principal descubrimiento, sobre todo en un personaje como Menéndez Pelayo que ha sido traído y llevado de manera a veces desaprensiva e inmisericorde hasta convertirse en mito adorado por unos y denostado por otros. Impresiona ver al sabio que a vuela pluma, sobre la marcha y de corrido brinda informaciones complejas y juicios certeros sobre los temas más dispares; pero es también enternecedor sentir al mismo tiempo al hombre de increíble generosidad intelectual, de amplitud y liberalidad en trato y en ideas, capaz de reír y hacer bromas, de enamorarse perdidamente y de desesperarse por no ser correspondido, de gustar de la buena mesa y de la tertulia amigable. Muchos de estos aspectos, si no absolutamente desconocidos, no habían sido apreciados, puestos de relieve.»<sup>5</sup>

No es sólo el erudito montañés quien resulta beneficiado por el conocimiento que ofrece este epistolario, sino todos los que con él se cartean: son multitud los escritores —también de segunda fila— de los que aquí encontramos misivas que ayudarán a estudios o tesis doctorales que sobre ellos se preparen.

Espigar curiosidades en los tomos publicados es tarea placentera, pues los hallazgos son frecuentes y valiosos. Véase, por ejemplo, una cordial confesión por parte de Juan Valera de las diferencias políticas que le separaban de Menéndez Pelayo, con el escepticismo y la bonhomía de quien pasa por encima de tales desavenencias públicas para encontrarse unidos por la amistad y la común afición a las letras (al santanderino le acaban de elegir senador en representación de la universidad ovetense): «Ahora importa, en mi sentir, que Ud. se mezcle algo más en la política para que le tengamos pronto de Ministro y haga en Instrucción Pública mucho bueno que está por hacer. Siento que no estemos en el mismo partido político; pero ¿qué remedio? Y lo más tristemente chistoso es que estamos en opuestos partidos, no por ser opuestas nuestras opiniones e ideas, pues yo tengo la evidencia de que pensamos lo mismo en todo, sino

<sup>4</sup> *M.M.P.: Epistolario. Tomo I, pág. VI.*

<sup>5</sup> *Comunicación de Manuel Revuelta al autor de este trabajo. Vid. YA, 25 de marzo de 1987.*

por esto que llaman disciplina de los partidos, que nos tienen como alistados en una tropa o pandilla y regimentados a Ud., bajo la bandera y mando de Cánovas, y a mí, bajo la bandera y mando de Sagasta, lo cual, por mucho que estimemos a los tales caudillos, es incómodo y algo vejatorio» (abril de 1893; tomo XII, página 219).

O la insistencia de José María Quadrado por sacarle un prólogo para sus *Ensayos* (que le llegó por fin y que puede calificarse todavía como el estudio más completo y penetrante sobre su obra): «Crea V. amigo de mi alma, que me hago cargo de conciencia de contribuir en tanta parte á hacerle perder el tiempo; pero V. es tan bueno que si yo no le cojo otro le cojerá... una copla, un bocetito para mi album... y á ese paso, antes de llegar para la España la hora del juicio universal, antes de sonar las trompas estéticas, todos ya, quienes más, quienes menos, gozaremos de la bienaventuranza al arrullo del juicio particular» (septiembre de 1892, tomo XII, página 58).

O las dificultades que encontraba Pereda para que tomara fuerzas una novela que se había propuesto escribir (*Pachín González* o *Peñas arriba* son los libros posteriores a esta fecha, pero ¿podían resistirse hasta el punto que deplora su, por entonces, frustrado autor?): «Yo ando algunos días hace metido con pocos alientos y de mala manera en el empeño de una novela, no ya montañesa, sino montaraz, de entre lo más enriscado de la cordillera Cantábrica; pero el poco conocimiento que tengo de aquellas regiones y la consiguiente dificultad de circunstanciar sus cosas, unido a las contrariedades mecánicas que este taller me ocasiona a cada instante, son trabas que no me dejan andar al paso que yo acostumbro, ni con la seguridad que se necesita cuando se va derechamente a alguna parte» (noviembre de 1892, tomo XII, página 94).

Una correspondencia de este estilo, sostenida a lo largo de los años, puede ofrecer muchas luces sobre una personalidad en la que deseemos profundizar. Si el objeto de nuestro estudio es el propio Menéndez Pelayo encontraremos aquí la información más personal y constante referida a sus años de actividad, que en su caso se extiende durante casi cuatro décadas. En este tiempo raro es el día en que no escribe una carta, si no son dos o tres, en las que sin duda se deslizan detalles de su labor o algunas opiniones que resultan de utilidad. En las misivas de sus corresponsales (porque las suyas no siempre se han conservado con la misma sistematicidad) se halla la respuesta o el comentario a las palabras que les dirigió y, por tanto, puede reconstruirse asimismo esta «conversación» escrita. Se trata, pues, de una información espléndida sobre cada uno de sus pasos, trabajos y preocupaciones que en pocos escritores ha sido igualada y, entre los españoles, jamás superada.

## 2. Rubén Darío: un bohemio que archivaba todas sus cartas

El volumen epistolar del poeta nicaragüense Rubén Darío es también considerable. Aunque no se vuelca en las misivas que salieron de su pluma, porque suelen ser más bien cortas y, en general, no profundizan en los estados anímicos, sino que se limitan a informar sobre su situación y los problemas con que se enfrenta, es posible seguir a través de su correspondencia los avatares de tan asendereada existencia.